

la gloria de su Esposo, ha mezclado tambien en él esta preciosa levadura que allí ha fermentado, y el fervor de esta cuarta parte de mundo ha producido en la América las virtudes mismas del mundo antiguo... Estas tres medidas de harina son tambien las tres potencias de nuestra alma, en que la gracia, la palabra de Dios, y la santa Eucaristía obran una fermentacion saludable que eleva nuestros sentidos, nuestros espíritus y nuestros corazones; que nos une á Dios, en él nos transforma, y forma de nosotros panes vivos, dignos de serle ofrecidos sobre su altar sublime y eterno. Recibamos, pues, esta divina levadura con accion de gracias, dejémosla obrar en nosotros, no interrumpamos ni enturbemos su operacion.

Lo 3.º *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario...* Si la predicacion del Evangelio ha sido como una preciosa levadura que ha santificado y santifica aun las cuatro partes del mundo, ha quedado con todo eso en el mundo una levadura mala de orgullo y de concupiscencia, que mantiene en él el reino del demonio, y produce el pecado, la impiedad, la incredulidad, el cisma y la herejía... Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en un Estado católico, en que obra aun la divina levadura de la palabra de Dios. Pidámosle y supliquémosle por aquellas provincias que no han recibido aun esta preciosa levadura; por aquellas que la han desechado, por aquellas que la han corrompido, y temblemos por nosotros mismos. Naciendo hemos traído esta mala levadura que introduce en los corazones el reino del demonio. Á esta levadura perniciosa se une la de una pasion que nace, la de un mal ejemplo, de malos libros, de malos discursos y de malas compañías; pero ¡ah! estemos atentos, y velemos sobre nosotros mismos.

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, quiero aplicarme á echar léjos de mí todo lo que podria atacar mi fe, corromper mi corazon, manchar mis sentidos, y empeñarme de nuevo bajo del imperio del demonio, de que por vuestra gracia me habeis librado. Ó Dios mio, lo sé; para avinagrar toda la masa no se requiere mas que un poco de levadura¹; pero será exacta, escrupulosa y constante mi vigilancia. Sostenedla Vos, ó Jesús, con el precio y con los méritos de vuestra adorable sangre. Amen.

¹ I Cor. v, 6; Galat. v, 9.

MEDITACION CLXVIII.

DEL PEQUEÑO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

(Luc. xii, 22-30).

Examinemos: 1.º lo que se debe hacer para ser de este número; 2.º las razones por que serémos excluidos de él; 3.º la desesperacion de aquellos que serán excluidos.

PUNTO I.

Lo que se debe hacer para ser de este número.

«Y (Jesús) iba enseñando por las ciudades y aldeas, y caminando hácia Jerusalem; y uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?...» El divino Salvador, sin responder directamente á la pregunta sobre el grande ó sobre el pequeño número de los que se salvarán, se contentó con decir lo que era necesario hacer para ser de este número, y esto es lo que importa saber sobre esta materia... «Pero él (*enderezando la palabra á los que lo escuchaban*) dijo: es: «forzaos á entrar por la puerta estrecha; porque os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán...»

1.º *Consideremos cuál es esta puerta estrecha por la que se debe entrar en el cielo...* Esta es el Evangelio; es la fe y la ley del Evangelio. Puerta muy estrecha, porque para entrar en ella conviene humillar nuestro espíritu, abatir nuestro orgullo, contener y refrenar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestros afectos; despojarse de todo apego á las cosas de la tierra, de nosotros mismos y de todo amor propio, para amar á Dios solo, y practicar exactamente su santa ley. ¿Es esta aquella puerta por la que nos esforzamos á pasar, y por la que queremos y esperamos entrar en el cielo?

2.º *Examinemos cuáles son los esfuerzos que se deben hacer para pasar por esta puerta...* Esfuerzos generosos, constantes y perseverantes; esfuerzos contra el demonio, el cual, en cuanto le es posible, nos tiene léjos de esta puerta, ahora excitando nuestras pasiones, ahora atrayéndonos con promesas lisonjeras de riquezas, de placeres, de honores que no nos puede dar, y ahora apartándonos de la práctica del Evangelio, con llenarnos de espanto exagerando las dificultades, y asegurándonos que es imposible. Esfuerzos contra el mundo, el cual por tenernos léjos de esta puerta nos enseña una moral cómoda y corrompida; nos propone su ejemplo, y luego nos

pregunta: ¿Que nos condenaremos todos nosotros?... Esfuerzos contra nosotros mismos; se lamentará la naturaleza, se rebelará la carne; nuestro valor nos abandonará, todo nos dirá que caminemos por lo ancho; que una sujecion tan austera no puede durar, y que no es necesaria... Pero ¡ah! no nos dejemos engañar; hagamos todos los esfuerzos, rompamos los obstáculos, y no obstante todas las contradicciones, reduzcámonos á pasar por este camino estrecho, por el que se entra en el cielo: si el paso es estrecho, el término es la eterna libertad; por mas estrecho que sea este paso, el amor sabrá ensancharlo y dilatarlo, y la gracia nos lo hará fácil y acomodado.

3.º *Observemos quiénes son aquellos que buscarán entrar, y no podrán...* Si se trata de entrar por esta puerta estrecha, aquellos no podrán, que no lo procuran como es menester, y que no hacen los esfuerzos necesarios para entrar por ella. Si se trata de entrar en el cielo, no podrán aquellos que buscan otro camino distinto de aquel de la puerta estrecha. Los primeros, sin hablar aquí de los infieles que no conocen la ley de Dios, son los judíos, los cuales, obstinados en seguir la ley de Moisés, rehusan el conocer á aquel á quien Moisés los guía, y que es el fin y el cumplimiento de la ley y de los Profetas... Despues son los cismáticos y herejes que, recibiendo el Evangelio de Jesucristo, lo interpretan á su modo y segun su genio, rehusando someterse á la enseñanza de la Iglesia, de que rompen la unidad, mudan los dogmas, y corrompen la moral... Y finalmente son los malos cristianos que, por vivir á sus anchuras, pretenden unir el mundo con el Evangelio, satisfacer sus pasiones sin quebrantar la ley; ó con una alternativa aun mas cómoda, quieren ser ahora de Dios, ahora del mundo, y hacer de su vida una série monstruosa de penitencia y de recaídas, de devocion y de pecados; ó que difieren el vivir en sujecion para Dios, cuando ya no les quedan mas dias de que puedan abusar. ¡Ilusiones bien groseras! ¡Oh Dios! ¿cómo es posible que tantos se dejen ofuscar de ellas? ¡Ah! hagamos sobre esto nuestras mas serias reflexiones, no nos imaginemos poder pasar por esta puerta estrecha sin grandes esfuerzos, sin hacernos mucha violencia, y sin conseguir gloriosas victorias.

PUNTO II.

Razones por las que seremos excluidos de este número.

Continuando Jesús la parábola, ó sea la alegoría de la puerta estrecha, representa á Dios su Padre, ó bien á sí mismo, reinando en

el cielo con los Santos, bajo la idea de un padre de familia, cerrado en su casa con sus hijos y amigos, y que niega la entrada á los extraños que se la piden. Esta parábola es muy propia para disipar nuestras ilusiones y nuestros pretextos, si queremos poner en ella nuestra atencion; y aunque fue dicha especialmente por los judíos, es fácil extenderla á todos los pecadores, comprendiendo bajo de este nombre los judíos, los herejes y los malos católicos.

1.º *Primera respuesta hecha á los pecadores...* «Y cuando hubiere entrado el padre de familia, y cerrado la puerta, estaréis fuera «y comenzareis á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos: y él «os responderá diciendo, no sé de dónde sois vosotros...»

¡Qué sorpresa para hombres que se habian lisonjeado de caminar por el buen camino en la verdadera Religion! No podrán creer que á ellos se les quiera hacer un semejante tratamiento, é insistirán.

2.º *Razones que alegan los pecadores...* «Entonces empezarán á «decir: hemos comido y bebido contigo; y tú has enseñado en nues- «tras plazas...»

Esto es lo que primeramente podrán decir los judíos, ó á Jesucristo, con quien vivieron, ó que oyeron predicar en sus públicas plazas, ó á Dios su Padre, en presencia de quien comieron su porcion de las víctimas que habian ofrecido sobre su altar, y cuya santa ley habia sido leida, explicada y anunciada entre ellos... Los herejes le dirán tambien: nosotros hemos bebido y comido en vuestra mesa; hemos recibido vuestro Evangelio, y ha sido enseñado y predicado entre nosotros... Con mayor razon dirán tambien los católicos: nosotros hemos recibido vuestra fe entera y ortodoxa; hemos participado de vuestros Sacramentos en el seno de la Iglesia fundada por Vos; ¿cómo, pues, gritarán ellos, no nos conocéis? ¿Nosotros os somos gente desconocida? ¿Cómo podeis decir que no sabeis de dónde seamos nosotros? ¡Ah falsos pretextos, vanas razones, gritos inútiles! ¡Ay de mí! ¿esperaremos nosotros á desengañarnos en el día del juicio? ¿querrémos vivir ciegos hasta la muerte, y hasta que el sumo Juez haya pronunciado la sentencia irrevocable de nuestra reprobacion, la que él mismo se esfuerza á prevenir con tantos y tan saludables avisos y con tan sensibles parábolas?

3.º *Última respuesta dada á los pecadores...* «Y os dirá: no sé «de dónde seais vosotros; apartaos de mí todos los obradores de la «iniquidad...»

Esta respuesta tiene dos partes... 1.ª «No sé de dónde seais vosotros...» Vosotros os llamais discípulos de Moisés; pero vosotros no

habeis reconocido, antes habeis desechado, al Mesías que Moisés os anunciaba, y á quien os guiaba la ley... Vosotros sois discípulos de Calvino, Lutero, etc. Pero no son estos los pastores que yo he dado á mi Iglesia, ni los conductores que os he mandado seguir... Yo os habia hecho católicos hijos de la Iglesia; pero vosotros habeis seguido la ley del mundo y de las pasiones, con desprecio de la ley de mi Evangelio, que no cesaba de inculcaros la Iglesia: *No sé de dónde seáis vosotros...* 2.^a «Apartaos de mí, vosotros todos, obradores «de iniquidad...» La iniquidad comun de los judíos es el deicidio cometido en la persona de Jesucristo, del cual participan todavía hoy en dia todos los de esta nacion que perseveran en las mismas blasfemias... La iniquidad comun de los herejes es de perpetuar la rebelion de sus cabezas, y de participar en tal manera del atentado con que los heresiarcas tuvieron la audacia de cambiar la fe de la Iglesia; han acusado de adulterio y de prostitucion la Esposa de Jesucristo, y han pretendido reformar la obra del Espíritu Santo. Y fuera de esta comun iniquidad, ¿de cuántos delitos particulares se hallarán manchados aquellos hombres, acérrimos secuaces y defensores de ciertos monstruosos sistemas, que dejan reinar el pecado sin freno, sin remordimientos y sin remedio? ¡Oh, cuán doloroso será para un católico bien instruido, para un sacerdote, para un religioso, hallarse en aquel punto tan culpado, y acaso mas que los judíos, que los herejes, y oirse decir como á estos: «Apartaos de mí, vosotros todos, todos los obradores de la iniquidad!...» ¡Oh palabras terribles, que yo mismo he merecido ya oír de la boca de mi Juez!

PUNTO III.

Desesperacion de los que serán excluidos de este número.

Dos serán las causas y los principios de esta desesperacion de los pecadores.

1.^a *La primera causa de esta desesperacion será la vista de aquellos que vivieron antes que ellos...* «Allí será el llanto y el crujir de «dientes, cuando viéreis á Abraham, á Isaac y á Jacob, y á todos los «Profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera «de él...»

Verán los judíos reinar en el cielo á Abraham, Isaac, Jacob y á todos los Profetas, y ellos se verán excluidos por no haber creído al hijo de Abraham, prometido á los Patriarcas, y anunciado por los

Profetas como Hijo de Dios, Dios con nosotros, Mesías y Salvador de los hombres. Verán los herejes reinar en el cielo á Pedro y á Pablo, á los Apóstoles fundadores de la Iglesia, y á los Mártires que con su sangre han sellado la fe, y ellos se verán excluidos por haber roto la cadena que los unia con Jesucristo por la sucesion de los legítimos pastores... Los malos católicos verán reinar en el cielo á los Santos que ellos han reverenciado sobre la tierra, á sus abogados, á aquellos cuyo nombre llevan, á sus fundadores cuya regla han recibido, y cuyo instituto han abrazado; y ellos se verán excluidos de allí por no haber imitado sus ejemplos... Entonces habrá allí llantos, pesares y suspiros; pero ya no habrá mas tiempo. Entonces habrá allí solamente crujir de dientes, rabia, furor y desesperacion; pero todo inútil.

2.^a *La segunda causa de esta desesperacion será la vista de aquellos que con ellos han vivido y los que vivieron despues...* «Y vendrá «gente del Oriente, y del Septentrion, y del Mediodía, y se pondrá «á la mesa en el reino de Dios...»

Los judíos verán los gentiles, que ni conocian á Moisés ni á los Profetas, y que reconocieron á Moisés y á Jesucristo Hijo de Dios; los verán venir en tropas de las cuatro partes del mundo, y sentarse en el convite eterno del reino de Dios, del cual ellos mismos serán excluidos... Los herejes tambien verán naciones idólatras y salvajes que habrán abrazado la fe católica, abandonada por ellos mismos, y que entraron en la Iglesia de que ellos habian salido... Los malos católicos verán allí los nuevos convertidos; los sacerdotes verán allí á los legos; los religiosos verán á los seculares; los ricos verán á los pobres; los reyes verán á sus súbditos; los señores verán á sus criados sentados en el convite celestial, y ellos serán de él excluidos. ¡Ah! ¡quién podrá concebir la amargura del dolor y de la desesperacion que causará una tal vista en el corazon de los réprobos!

3.^a *Conclusion...* «Y hé aquí que son últimos los que serán primeros, y son primeros los que serán últimos...»

¡Oh terrible cambio, catástrofe sorprendente! ¿quién no temerá, quién no temblará? No nos fiemos, pues, de nuestra clase, ni de nuestras luces, ni de las gracias que hayamos recibido, ni de las ventajas de nuestro estado. Si no servimos á Dios con fervor; si no nos esforzamos para entrar por la puerta estrecha, acaso veremos aquel pecador un dia convertido, aquella persona baja, pero mas fervorosa que nosotros, la veremos acaso en el primer orden y

admitida en el cielo, y nosotros al fin sumergidos en el infierno, presa de aquellas penas, y en una eterna desesperacion.

Peticion y coloquio.

¡ Ah! léjos de mí, ó Señor, una tal desventura. Conozco vuestras misericordias, ó Dios mio; Vos me advertís aquí el rigor de vuestros juicios para animarme á evitarlos. ¡ Oh Jesús! detesto mi iniquidad, y quiero con el socorro de vuestra gracia, que instantemente os pido, aplicarme á observar vuestra santa ley con tanta fidelidad, que Vos podais reconocerme cuando la muerte me hará comparecer delante de Vos, y os pediré la entrada en vuestro santo reino. Amen.

MEDITACION CLXIX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS QUE QUERIAN ATEMORIZARLO PARA HACERLO SALIR DE LA GALILEA.

(Luc. xiii, 31-35).

Consideremos: 1.º la firmeza de Jesús; 2.º su compasion para con Jerusalem; 3.º sus amenazas y sus predicciones contra aquella ciudad ingrata.

PUNTO I.

Firmeza de Jesús.

« El mismo dia se llegaron á él algunos fariseos, diciendo: Sal, y véte de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id, y decid á aquella zorra, mira que yo echo los demonios, y obro perfectas sanidades hoy y mañana, y al dia tercero soy consumado; pero es necesario que yo ande hoy y mañana, y el dia siguiente, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalem... »

Lo 1.º *La firmeza de Jesús se muestra en el carácter que pinta de Herodes...* Algunas veces deseaba Herodes ver á Jesucristo por satisfacer su curiosidad¹, otras habria querido hacerle morir, para abolir enteramente la memoria de Juan Bautista; pero por otra parte temia irritar al pueblo con este nuevo delito: la política tenia sujetos á sí todos los sentimientos de su corazon, y animaba todas sus acciones. Pero esta política que se admiraba en este Príncipe, y por la que sabia captarse tambien el espíritu de los judíos, y conciliarse el favor de los romanos para aprovecharse de todo, y conducirlo todo á sus fines y á sus intereses; esta grande política no era al juicio del Hijo de Dios sino una cobardía de espíritu y una bajeza de

¹ Luc. xxiii, 8.

sentimientos que lo degradaban de la nobleza de hombre, y lo bajaban á la condicion de un vil animal, llevado por instinto á la astucia... Con estos ojos mira el sumo Juez á los potentados que gobiernan el mundo, y que manejan los negocios mas importantes del Estado con la mayor cautela, si no ponen por basa de su política y de su sabiduría la Religion, la verdad y la justicia... En todas las condiciones se hallan personas que tienen á honra esta vil astucia, que solo tiene en mira el propio interés, y se cree sábia cuando sabe llegar á su fin, sea el que fuere el camino por donde va él. ¡ Ah! detestemos un semejante carácter; sin ser astutos podemos obrar con candor y sinceridad: este camino conduce mas seguramente al término que se nos prefija; y sea el que se fuese el éxito, no será menos sólida y cierta la gloria en presencia de aquel que solo tiene el derecho de juzgarlo. Examinemos qué cosa es nuestra sabiduría á los ojos de aquel Juez soberano.

Lo 2.º *La firmeza de Jesucristo en declararse resuelto á no innovar cosa alguna en el plan de sus operaciones...* No obstante el terror que las violencias de Herodes querian inspirarle, continuará á obrar con libertad, á ir y á venir donde mejor le parezca para la instruccion y alivio de los pueblos, y no saldrá de la Galilea sino en el tiempo que él mismo ha establecido, y precisamente despues de tres dias... Hay apariencia que con esta literal expresion: « y el dia tercero soy consumado... » quisiese el Redentor aludir al fin de sus dias, que no estaba muy léjos. En este sentido, no es necesario aplicar esta expresion á la muerte de Jesucristo, sino á su resurreccion... No es el tercero dia en que sea muerto, sino resucitado: la obra de nuestra redencion fue consumada igualmente que el Cristo por la resurreccion; y por ella ha venido Jesús á ser el consumidor de nuestra fe... Por esta firmeza de ánimo, de que el divino Salvador da aquí el ejemplo á los operarios evangélicos, venia desconcertada toda la malicia de los fariseos, porque en la astucia de que nota á Herodes, diciéndoles: *decidle á aquella zorra*, estaban tambien comprendidos ellos, aunque indirectamente. Los fariseos de Jerusalem habian formado la conjuracion, como veremos bien presto¹, de hacer arrestar á Jesucristo el primer dia de la fiesta de los Tabernáculos, que estaba ya próxima. Es creible que los fariseos de la Galilea, donde se hallaba entonces Jesucristo, informados de cuanto se trataba en Jerusalem; y no pudiendo sufrir mas largo tiempo una luz que los ofuscaba, ni una virtud que condenaba sus desórdenes, observasen todos los pa-

¹ Joan. vii, 20, 25.

sos de este Hombre-Dios, para ver si tenia la idea de ir á Jerusalem para la fiesta. El tiempo urgia ya, y no veian en él disposicion alguna para el viaje. Esto es verosíblemente lo que los indujo á darle este aviso, para solicitar su partida. Se inquietaron con la respuesta de Jesucristo, porque de ella conocieron que, partiendo él solamente despues de tres dias, era difícil que pudiese llegar á Jerusalem para el primero de la fiesta, y que no hallándose allí en aquel dia, se habria frustrado la conjuracion, como efectivamente sucedió, segun los designios del divino Salvador, que habia regulado la hora de su muerte para la fiesta de la Pascua, y no para la de los Tabernáculos, mucho menos solemne... ¡Oh sabiduría eterna! ¿qué pueden contra Vos la malicia y la astucia de vuestros enemigos? Vos jugais con sus interesados proyectos, y ejecutais como os agrada en favor de los que os obedecen los designios de vuestra infinita misericordia. ¿Qué tengo yo que temer, ó por qué inquietarme por los peligros que me amenazan? Estoy bajo las alas de vuestra providencia, y cumpliendo mis obligaciones nada me puede suceder sino para mi mayor provecho, y por orden de vuestra infinita providencia, á la que en vida y en muerte quiero estar perfectamente sujeto.

Lo 3.º *Firmeza de Jesucristo en el conocimiento que muestra tener de los designios perversos de los fariseos...* «Porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalem...» Como si les hubiese dicho: en tres dias, despues que habré cumplido mi ministerio, no solo saldré de la Galilea como me aconsejais, sino que iré á Jerusalem como deseais; porque ya de largo tiempo la infiel Jerusalem se ha reservado el derecho de inmolar los Profetas; y en este mismo lugar, en que ha abierto ella siempre sus sepulcros, debo yo morir como ellos, por defensa de la verdad y de la justicia... Con estas palabras hacia ver Jesús á los fariseos que penetraba el fondo de sus corazones, y que sabia cuanto se tramaba contra él en Jerusalem, y que ellos estaban tambien interesados en lo mismo; y les hacia observar al mismo tiempo, que así como el temor de Herodes no le hacia anticipar su partido, tampoco el temor del Senado de Jerusalem le impedía ir á aquella ciudad, y que ninguna impresion podia hacer en él el consejo artificioso que le daban... ¡Oh y cuán grande sois, ó Jesús! ¡oh y cuán sábio, cuán bueno y cuán generoso! No os espanta la muerte que por todas partes os amenaza. Entre tantos peligros estais firme, intrépido y animoso, no porque podais evitar la muerte, sino porque quereis sufrirla por nuestro amor. ¿Qué cosa podrá temer jamás el que solo desea morir por Vos?

PUNTO II.

Compasion de Jesucristo sobre Jerusalem.

Jesucristo no podia pensar en la muerte que debia sufrir, ni en Jerusalem donde debia sufrirla, sin quedar enternecido sobre la suerte de esta ciudad ingrata.

1.º *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalem á vista de sus pecados...* «¡Jerusalem, Jerusalem, que haces morir á los Profetas, y «apedreas á los que son enviados á tí!...» Jerusalem habia ya derramado la sangre de muchos Profetas; dentro de poco debia derramar la de el Mesías, y despues la de sus Apóstoles y de sus discipulos... ¡Qué desventura para una ciudad donde reina un tal odio, y de cuántos delitos no se hace ella culpable! Lloremos aquí los pecados de que nosotros mismos estamos manchados. ¡Oh y cuántas instrucciones, cuántos avisos, cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos sofocamos para satisfacer nuestras pasiones!

2.º *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalem á vista de las gracias de que abusa...* «¿Cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave «su nido debajo de sus alas, y no quisiste?... ¡Cuántas veces nos ha llamado Dios á sí: cuántas veces ha querido Jesucristo meternos debajo de sus alas, y nosotros no hemos querido! ¡Oh y cuán poco hemos conocido en esto nuestros propios intereses! ¡Cuán feliz habria sido nuestra suerte bajo las alas de Jesús, en el recogimiento, en la oracion, en la meditacion de sus mandamientos, y en la práctica fiel de su santa voluntad! Allí hubiéramos gozado nosotros una paz perfecta y una total seguridad, y en vez de esto, estamos siempre agitados de remordimientos, de inquietudes, de temores y de espanto. Bajo las alas de Jesús habríamos pasado nuestra vida en la inocencia y en el fervor, libres de todos los peligros, léjos de las asechanzas del demonio, é inaccesibles al contagio del mundo; y en vez de esto hemos caido en mil precipicios, hemos sido el juguete de nuestros enemigos, y arrastrados de los malos ejemplos. Bajo las alas de Jesús habríamos visto la muerte con ojos tranquilos, y aun con júbilo, y hubiéramos estado al seguro de la cólera de Dios y de sus venganzas; y en vez de esto miramos la muerte con espanto, y acaso no la verémos acercarse sino con desesperacion.

3.º *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalem á vista de su reprobacion...* La sentencia de la reprobacion contiene la justificacion de Dios y la condenacion del pecador, y estas dos cosas están compren-

didas en estas dos palabras... «*He querido, y no has querido...*» He querido; y ¡oh cuántas veces, y por cuánto tiempo, y con cuántos medios! Y tú no has querido: hé aquí la justificación de Dios... Y lo que hace la condenación del pecador es, que puede decirse á sí mismo: Dios ha querido preservarme del infierno; Dios ha querido darme su paraíso; Dios ha querido que yo viviese de manera de merecérmelo; y ¡oh cuánto ha hecho para esto! Y yo no he querido, y soy yo el que no he querido. ¡Oh furor, oh desesperación, oh pensamiento más cruel que el fuego mismo del infierno! Á nosotros toca ahora ver si queremos ó no: ¡ah! no nos engañemos entre tanto sobre la manera con que queremos...

PUNTO III.

Amenazas y predicciones de Jesucristo contra Jerusalem.

1.^a *Para esta vida...* «Mirad, que será dejada para vosotros de «sierta vuestra casa...» Este templo será demolido; Dios lo abandonará, y os quitará su culto. Os servirán de sepulcro vuestras mismas casas echadas por tierra; y vuestra ciudad destruida se reducirá á un desierto, á una soledad... Tal es la venganza que ha tomado Dios, y que toma aun de la infiel Jerusalem, por haber derramado la sangre del Mesías, y por no haber querido aprovecharse de ella... De esta misma manera castiga Dios también la infidelidad, ó de una entera nación, quitándole el don de la fe, ó de un alma en particular, privándola de las gracias especiales de que ha abusado, dejándola como una tierra desierta, y como una casa que se arruina.

2.^a *Para la otra vida...* Cuando hablaba Jesús á sus enemigos, solía, según su costumbre, añadir la amenaza de su último juicio á la idea de su muerte; y por esto seguiremos nosotros aquí el sentimiento de aquellos que aplican á este día extremo las últimas palabras de este capítulo... «Y os digo, que no me veréis hasta tanto que suceda que digais: bendito el que viene en el nombre del Señor...» Como si les hubiese dicho: sí, seguid, pues, en no quererme reconocer y en blasfemarme; hacedme también morir; apartadme de vuestros ojos importunados de mi presencia; vendrá el día en que se doblará toda rodilla delante de mí, en que me veréis en la gloria de mi Padre ¹, en que os veréis obligados á reconocerme y exclamar: veis allí el bendito de Dios; aquel que vino en el nombre del Señor para salvarnos, y que viene hoy en el nombre de su Pa-

¹ Thes. II, 10, 11.

dre y en su propio nombre para juzgarnos y condenarnos... Sí, vendrá este día grande, en que el judío, el impío y el pecador se verán obligados á rendir homenaje á aquel que ellos mismos han ultrajado.

3.^a *Observaciones sobre estas últimas palabras...* «Bendito el que «viene en el nombre del Señor...»

Estas palabras están tomadas del salmo ¹ en que por espíritu de profecía hablaba David del Mesías, y desde entonces le daba gracias por el tiempo de su venida... Estas fueron repetidas en las aclamaciones que el pueblo hizo en la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalem ², y el Salvador las trae aquí para aludir, no solo al salmo de donde son tomadas, sino también al pueblo que debía bien presto hacerlas resonar en las orejas de los indignados fariseos... Las mismas endereza aquí Jesucristo á los fariseos de la Galilea antes de su entrada triunfante en Jerusalem; y las mismas repetirá después el día de su triunfo á los fariseos de Jerusalem ³ con las mismas alusiones, en las mismas circunstancias, y con el mismo fin de hacer temer la majestad de su última venida. Finalmente, la Iglesia las repite en el terrible sacrificio del altar, y antes de empezar el cánon de la misa. Repitémoslas, pues, también nosotros con toda la devoción posible, y con los sentimientos de humildad y de reconocimiento que exige de nosotros tan grande beneficio.

Petición y coloquio.

¡Ah, sea bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Gloria en lo más alto de los cielos! Seais para siempre bendito, ó Señor, por haber venido sobre la tierra para salvarnos, y por venir aun sobre este altar para nutrirnos y santificarnos! Pueda yo incessantemente bendeciros aquí en la tierra, y continuar vuestras alabanzas después de aquel día terrible en que vendréis á juzgarnos! Amen.

¹ Psalm. cxvii, 26. — ² Matth. xxi, 9. — ³ Matth. xxiii, 39.

MEDITACION CLXX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á SUS PARIENTES, QUE QUERIAN IMPEDIRLE EL IR Á JERUSALEN.

(Joan. vii, 4-13).

Examinemos : 1.º la proposición que hacen á Jesucristo sus parientes ; 2.º la respuesta que Jesucristo les da ; 3.º los efectos que produce la falta de Jesucristo en Jerusalem el día de la fiesta.

PUNTO I.

De la proposición que hacen á Jesucristo sus parientes.

1.º *¿En qué lugar se la hacen?... En Galilea...* «Después de esto «andaba Jesús por la Galilea, porque no quería ir á la Judea; porque los judíos lo buscaban para matarle...»

Jesús iba recorriendo ya algún tiempo la Galilea, donde reinaba Herodes, donde los judíos que gobernaban en Jerusalem no tenían autoridad alguna. Se guardaba de entrar en la Judea, donde habrían podido arrestarlo, porque sabía que querían hacerlo morir. No era ya el temor de la muerte el que detenía á Jesucristo en Galilea, pues deseaba morir por nosotros; sino que había regulado el día de su sacrificio, según la voluntad de su Padre, y no quería prevenir los momentos. Habría podido dejarse ver en la Judea, y librarse de las manos de sus enemigos por medio de milagros; pero no quería servir de este divino poder entre los judíos, sino para el alivio de los miserables; y quiso más darnos aquí ejemplos de humildad, de paciencia, de prudencia y de sumisión á la voluntad divina, que derramar milagros que no eran necesarios. Jesús refugiado en la Galilea no estaba escondido ni ocioso; recorría las ciudades y las campiñas, predicando y sanando en todos los lugares, y dándonos por todas partes ejemplos y pruebas de su santidad, de su caridad y de su celo. La Galilea, pues, era para Jesús un lugar de refugio y de trabajo, y al mismo tiempo de persecución. Sus parientes verosíblemente le hablaron en el mismo lugar y en el mismo día que los fariseos; los cuales, para hacerle salir de la Galilea, le habían dicho entonces que Herodes quería quitarle la vida. ¡Oh Jesús, qué cruel y qué injusta persecución se levanta contra Vos! Vos edificais; Vos instruis por todas partes con un cuidado y con un celo infatigables; Vos colmais de beneficios todos los lugares por donde pasais; y con todo eso, por cualquier camino por donde enderezais vuestros pasos

no se habla de otra cosa que de hacerlos morir. Ministros y discípulos de Jesucristo, ¿podeis vosotros, después de esto, lamentaros de las persecuciones que tan frecuentemente encontráis en el ejercicio de vuestro ministerio y en el cumplimiento de vuestras obligaciones?

2.º *¿En qué ocasión los parientes de Jesucristo le hacen esta proposición?... En la ocasión de la fiesta de los Tabernáculos...* «Y estaba «próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos...» Esta fiesta, la de la Pascua y la de Pentecostes, eran las tres grandes solemnidades de los judíos: se celebraban con octava, y cuando no caían en día de sábado, tenía cada una tres días festivos: esto es, el primer día de la octava, el último, y el sábado que caía en el intermedio... El primer día tomaba simplemente el nombre de la solemnidad, y se llamaba, por ejemplo, en esta solemnidad, la fiesta de los Tabernáculos, ó sea en griego, la fiesta de la *Scenopegia*. Esta caía el día quince del séptimo mes del año de los judíos, que para nosotros sería cerca del principio de octubre¹. Los otros dos días festivos, ó sea las otras dos fiestas de esta solemnidad, son notadas aquí por san Juan; esto es, la fiesta de en medio y la última². Esta solemnidad había sido establecida en memoria de los tabernáculos, ó de las tiendas, bajo las cuales habían habitado los judíos por cuarenta años en el desierto³, y para dar gracias á Dios por haberles dado casas en la tierra de promisión... Nosotros estamos en este mundo como en un desierto, en que habitamos debajo de tiendas que no tienen firmeza, estabilidad ni duración. ¡Ah! aspiremos continuamente á la tierra prometida del cielo, á la santa ciudad, la Jerusalem celestial, en que será fija y eterna nuestra habitación.

3.º *¿Por qué motivo los parientes de Jesucristo le hacen esta proposición?... «Sus hermanos...»* esto es, los parientes de Jesucristo, habiendo partido de sus casas para hallarse en Jerusalem en la fiesta de los Tabernáculos, y habiendo encontrado á Jesús en los confines de la Galilea... «Dijeron por tanto á él: pártete de aquí, y véte á la «Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces; «porque ninguno que busque ser aclamado del público hace sus «obras á escondidas: si tú haces estas cosas, date á conocer al mundo; porque ni aun sus hermanos creían en él...»

El primer motivo que hizo portarse de este modo á los parientes de Jesucristo fue la incredulidad... No creían en él, no lo miraban como Hijo de Dios y el Mesías prometido... Los parientes son por lo ordinario los menos dispuestos á reconocer los dones de Dios: son

¹ Levit. xxiii, 34. — ² Joan. vii, 14, 37. — ³ Levit. xxiii, 43.